

la ignorancia y la ciencia, de la misma manera que el autoritarismo se disfraza con vestiduras democráticas para engañar á los pueblos, el militarismo se cubre con el manto patriótico y ostenta el escudo de la defensa del bien público. Pero esta mascarada se descubre en seguida que se trate de desprestigiar ó mermar su poder: entonces la autoridad arroja bien lejos el gorro frigio y la fuerza su escudo, presentando sólo los aceros y cañones. Nunca pueden olvidar ambas instituciones su origen, su historia, su constante propósito de dominación.

El militarismo moderno ofrece ciertamente un aspecto bien original. No es como la horda atiliana, ni como la mercenaria mesnada del señor de horca y cuchillo. Es un compuesto de dos elementos completamente antagónicos: el primero, la base de la institución, es formado por el verdadero militar, el que libremente escoge la profesión de las armas para medrar con ella, del mismo modo que otro se hace cura, magistrado ó diplomático, procedentes todos de las clases privilegiadas; el segundo elemento lo constituye el soldado, ciudadano arrebatado de su hogar, á quien encierran en un cuartel, le visten con librea militar, le dan un número, le leen la ordenanza, le entregan un fusil y le convierten en máquina destructora, siempre amenazado con la frase sacramental «pasado por las armas» á la más mínima rebeldía. Y cuando la inquisición militar ha conseguido arraigar en el ciudadano-soldado la convicción de que contra ella es inútil la resistencia y obtenido la forzada resignación del presidiario, entonces se le propaga la idea de la *gran misión* que le está confiada, la defensa de la paz pública y de la patria; se procura exaltarle con narraciones bélico-heroicas; se le habla constantemente de la gloria militar; y así lógrase armonizar aparentemente los dos elementos, por naturaleza opuestos, que constituyen la fuerza de los Estados.

Para probar cuán cierto es lo que afirmamos, basta la exposición de este

elocuente hecho: mientras con bullicioso regocijo se celebra en el seno de la familia del joven militar su ingreso en la milicia con los primeros galones puestos en su vistoso uniforme, y con la risueña esperanza de que en los disturbios sociales y en la guerra logre pronto el generalato, en el mísero hogar del joven soldado llora la angustiada madre la desgracia del hijo, acaso su único sostén, temerosa de que la horrible ordenanza ó la bala de otro soldado le inutilicen ó maten!...

¡Oh, el servicio militar obligatorio, la gran fórmula democrático-patriótica! ¡Cruel sofisma, horrendo sarcasmo lanzado á la faz del hijo del pueblo!...

El servicio militar obligatorio es un ataque al derecho individual, á la libertad del hombre, por lo mismo que se le obliga contra su voluntad y sin merecer semejante castigo. Es un atentado contra la familia, porque separa de ella al individuo más apto para el trabajo y para su sostén. Es un atentado contra la sociedad, porque se le priva de los mejores elementos para la producción, para la procreación, para el progreso humano, aumentando el número de los consumidores inútiles, alterando de este modo la buena economía social y forzando á otros menos capaces á trabajar más para mantener el militarismo con sus enormísimos gastos de pertrechos bélicos. Es una contravención á las leyes naturales, por la violenta cohibición que sufre el individuo en la mejor edad de los goces, de la expansión, marchitando sus ilusiones y esperanzas, abandonándolo al ensimismamiento y fastidio, cayendo al falso atractivo de los vicios secretos, que extenuan y atrofian los mejores organismos, como consecuencia natural de la vida de cuartel, de la exclusión del sexo bello, de la falta de medios para la satisfacción de imprescindibles necesidades, de la excitación continua á todo lo brutal y de la completa ausencia de todo lo halagador y elevado. Todo esto, que es fundamentado en la calidad de los hechos, ¿no basta para convencer que el militarismo-